RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Finkielkraut, Alain. ***La humanidad perdida. Ensayo sobre el siglo XX.*** Trad. Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama, 1998, 166 páginas.

Alain Finkielkraut, representante del pensamiento crítico francés contemporáneo, retoma en este ensayo, los encuadres teóricos y metodológicos de la Escuela de Frankfurt. Replantea el legado moderno, en sus vertientes ilustrada y romántica, como así también las actuales condiciones culturales posmodernas. Complementa estas reflexiones con el análisis de diferentes procesos históricos.

El autor se propone repensar la idea de *humanidad*, atendiendo a las implicancias sociales, políticas y culturales derivadas de los discursos que han afirmado o negado la unidad del género humano. Este material le permitirá también reconstruir, por oposición "la historia de lo inhumano" (11) Expresa el autor que los esfuerzos por construir la unidad de la especie, independientemente de tradiciones, etnias, religiones que tomara amplio vigor durante la Ilustración, han sido olvidados. La justificación de decisiones y acciones del hombre contra el hombre, a partir de un criterio estrictamente funcional, circunscribiendo la racionalidad a mera razón instrumental y desconociendo toda exigencia moral, conforman lo que define como "la escalofriante originalidad del siglo XX" (11)

Si bien su preocupación se focaliza en el análisis de sucesos que han marcado el siglo veinte, a través de los seis apartados que conforman el libro, reconstruye como la idea de humanidad se planteó desde los griegos hasta la contemporaneidad, contextualizándolas desde prácticas sociales diversas .

En el prólogo y a modo de ejemplificación sobre como la idea de humanidad ha sido suprimida a través de la cosificación y desconocimiento del otro, el autor transcribe los relatos de Primo Levi y Emmanuel Levinas sobre sus vivencias como prisioneros de campos de concentración nazis.

A partir de estas reflexiones, en el apartado I. *¿Quién es mi semejante?* centra su atención en el rastreo sobre el modo en que se fue configurando la idea de humanidad desde sus primeros esbozos; sostiene con Lévi-Strauss que su aparición ha sido tardía y limitada. Los hombres son considerados y reconocidos entre sí, en tanto comparten una misma tradición y manera de vivir. Desde una perspectiva superadora, la filosofía antigua supone un universo común a toda la especie humana, pero, este mundo está ordenado, "y de una naturaleza en sí misma jerarquizada se deduce naturalmente la jerarquía natural de los hombres".(19)

Con los medievales este planteo se profundiza. Para Finkielkraut, la ruptura de esta perspectiva y la promoción hacia una cosmología igualitaria puede rastrearse en Bartolomé de Las Casas quien desde una postura en defensa de los indios, rechazó la idea de considerar la esclavitud como algo natural. La profundización de esta visión, desde lo teológico y moral es realizada posteriormente por Nicolás de Cusa.

Pero es con los filósofos ilustrados que la causa por el género humano, el *sentimiento de humanidad*, se consolida y se expande.

En el apartado II *Los oropeles del nombre común*, el autor presenta por un lado, las diversas acepciones, que desde Pico della Mirándola a Sartre tuvo el h*umanismo*, como también sus críticas, sobre todo las provenientes del estructuralismo. La idea de que el hombre es consecuencia de un dios poco previsor y distraído, abre paso al desarrollo de la dignidad humana en términos de posibilidad y libertad, cuya máxima expresión es planteada por Sartre.

Para Finkielkraut el humanismo, a pesar de sus críticas y contradicciones, sigue siendo "el horizonte no superado del pensamiento y de la moral posmodernos". (61)

En el Apartado III *El triunfo de la voluntad*, el autor reflexiona sobre los componentes comunes que caracterizaron al nazismo y al comunismo estalinista, en tanto referentes paradigmáticos del voluntarismo y la omnipotencia. Aún con las diferencias que los pudieron separar, ambos sistemas reivindicaron y justificaron todas sus acciones en nombre de la raza o clase, configurando una lógica caracterizada por un riguroso sistema explicativo en el que todo podía justificarse y en el que todo era posible. Surge "...de una misma concepción de lo político como campo de omnipotencia, de una misma y vertiginosa ausencia de escrúpulos hacia lo dado, basada en el mismo voluntarismo, es decir en la misma convicción filosófica y paranoica de que nada existe independientemente del conflicto de voluntades. En ambos casos, finalmente, lo que empuja al crimen es menos el salvajismo que la *radicalidad*, es decir la obligación de llevar, sin vacilaciones ni evasivas, su pensamiento hasta las últimas consecuencias". (78)

En el análisis de los acontecimientos que tuvieron como hechos más significativos las dos guerras mundiales, Finkielkraut considera que se efectivizó lo que entiende como *La ironía de la historia*, título del Apartado IV. En acuerdo con Francois Furet sostiene que la sustitución de la Historia por Dios en el S XIX, tuvo sus derivaciones en las políticas implementadas en el siglo actual. La convicción de que el desarrollo de la Historia desembocaría en la realización total de la humanidad y el hecho de que versiones opuestas de la Historia hayan derivado en regímenes muy semejantes, constituye para el autor la gran ironía. El inicio de este proceso lo encuentra en la Primera Guerra Mundial, la que tomó rumbos y consecuencias no previstas. En coincidencia con lo expresado por Raymond Aron, la *sorpresa técnica* se constituye en motor mortal, separando a la guerra de los modelos épico y político. La sustitución permanente de los caídos en combate, el anonimato y el escalofriante resultado de millones de muertos hace que "... la humanidad de cada hombre -amigo o enemigo-, al perder su carácter único, sufra una devaluación sin precedente y, tal vez sin remedio". (92)

Las reacciones a estas experiencias no se hacen esperar, la filosofía cuestiona las ideas que ella misma había engendrado, la Razón histórica, el optimismo ilustrado entran en crisis.

La Revolución Rusa potencia y consolida nuevamente estas ideas de manera más virulenta y radical. La guerra total es considerada como instrumento político y separada de la política, se autojustifica. En este contexto, la idea de humanidad se presenta, como una masa homogénea, obediente, los hombres como piezas de un gran engranaje. El autor define como totalitarios a los movimientos políticos que se encuadran en estas características, el nacionalsocialismo y el leninismo responderían a esta descripción. Así, "La catástrofe de la Historia devuelve la vida al concepto de Historia y la fe en la Historia agrava la catástrofe ocultándola. Ésta es la ironía fundadora del siglo". (98)

El replanteo y la necesidad de aportar cambios a los procesos sociales y políticos que provocaron un altísimo costo en vidas y sufrimiento, es analizado por Finkelkraut en el Apartado V *"La reparación humanitaria"*. La creación de organizaciones humanitarias internacionales como la Cruz Roja, sensibilizadas el dolor y el sufrimiento del hombre, independientemente de su raza, credo o ideología, se han constituido en alternativas reparadoras a los abusos y violencia de distinto tipo. Pero esto que a primera vista podría ser considerado como superador y beneficioso, es relativizado por el autor en función del supuesto que sostienen estas agrupaciones: el de la doble neutralidad, que da

lugar a una *temible ambigüedad* que consiste en, por un lado proteger y cuidar a las víctimas sin discriminación alguna y por otro lado renunciar a tomar posición política o religiosa. El respeto a este principio en los hechos, condujo por ejemplo, a tener que guardar silencio sabiendo de la existencia de campos de concentración. De ese modo muchos países han utilizado el discurso humanitario con increíble cinismo, como estrategia para favorecer sus intereses.

El moralismo ingenuo de la generación humanitaria es también cuestionado por el autor desde otra perspectiva, su sentido y justificación está en la desgracia y el dolor anónimos, sin rostro. "Hay, a fin de cuentas, tanta crueldad en esta alienación sentimental en la miseria como en el viril recurso a la astucia de la Razón para desactivar la miseria del mundo". (128)

En el Apartado VI. *De ángeles y demonios*, el autor analiza la situación del hombre a partir del fin de la guerra fría. El resurgimiento de nacionalismos y de reivindicaciones étnicas, coexisten con propuestas de integración de países a nivel continental. La cuestión del desarraigo, la identidad y la pertenencia como inherentes a la condición humana, se actualizan.

Pero además, enfatiza un aspecto que toma ribetes peculiares en la actualidad respecto del planteo sobre la desaparición de las fronteras: la influencia de la técnica informática. La noción misma de realidad, de geografía, de tiempo se transforman. "Gracias al arrinconamiento de la tipología a través de la tecnología, la experiencia humana, demasiado humana, de la vecindad da paso a la embriaguez olímpica de una equidistancia universal. El hombre ya no es vernáculo sino planetario. Su entorno inmediato ya no es local, sino digital. Estaba vinculado a un territorio, ahora está enchufado a la red...". (146)

El fin de una existencia encadenada a un lugar, el advenimiento del hombre turístico, en reemplazo del habitante, sería la peculiaridad del hombre de fin de siglo.

A modo de epílogo, se interroga sobre el sentido de los procesos en curso, afirmando que pretender el fin de lo inhumano, a partir de esta visión del hombre planetario, es una falacia. "Disimula, bajo la edificante apariencia del combate primordial, la desaparición de la amistad en la sentimentalidad, el desvanecimiento debido al turismo generalizado de la tradicional distinción entre lo próximo y lo lejano..." (154)

En el abordaje de temáticas diversas entre las que predominan la antropológica, la ética y la filosofía política, esta obra puede considerarse como una prolongación y profundización de reflexiones que sobre la condición humana actual, el autor realizara en "*La derrota del pensamiento*".

Con un importante uso del recurso metafórico, Finkielkraut interpela, discute, y conmueve. Desde una mirada escéptica, se incorpora, con su lenguaje por momentos irónico y vehemente, al debate sobre el destino del hombre en este fin de milenio. Invita a realizar una lectura crítica que desenmascare la ambigüedad y la falacia de los discursos, como así también a cuestionar la validez relativa de prácticas sociales que pretenden mostrar la versión más seductora de la cultura posmoderna. A las perspectivas triunfantes y optimistas, le contrapone una visión nostálgica por el sentimiento de pérdida de modos de pensar y vivir que entiende como mejores.

Dolores Torres